

Usted está en las filas de los que pueden decir lisamente lo que piensan, sin quedar llamados a pruebas ni a controversias.

—Pues, amigo, nada tengo que responder. Lo que le dije en nuestra última entrevista, fue dicho fríamente y previa completa información. El «cuaderno de historia» citado por mí no es un cuaderno de apuntes de un alumno; es un cuaderno oficial del Liceo, que los estudiantes están obligados a *comprar* muy caro y a aprenderlo mecánicamente, sin entenderlo, porque no se puede entender.

El señor ministro parece más joven de lo que es; en momentos en que le hacen falta prestigios para que la Cámara de Diputados le preste atención, sale con simpleza a querer encubrir algo que centenares de padres de familia tienen ya averiguado, juzgado y condenado. Ha leído a Buisson, ilustre maestro de mi juventud, y afirma que piensa como él, pero en nada demuestra su afirmación, *absolutamente en nada*.

*
* *

—Yo también estoy resentido con usted.

—¿Y usted por qué?

—Porque cuando vengo a visitarlo, me recibe amablemente, pero siempre termina con una misma recomendación: «No se lo cuente al público». Y le hago caso, mientras que otros de mis compañeros...